

corra paralela a la de Bello, a la de Suárez y a la de los grandes próceres de la literatura de América.

Contra el torbellino colérico que sobre el suelo de la patria ha rendido los árboles mayores de la inteligencia en el lustro presente, él predicaba la primacía espiritual de nuestro pueblo como un viejo roble que afirma la energía terrestre entre la destrucción universal de las cosas.

Su recuerdo, perpetuado en el claustro severo, ha de vigilar el avance de la república futura. Los que bajo su dirección comedida hemos visto fortificarse nuestra adolescencia fogosa juramos hoy sobre su cuerpo inanimado, que ha de calcinarse en breve entre la tierra fúnebre, una constante fidelidad a su memoria. Y la patria, que apasionadamente amó con todo su vigor interior, ha de memorar siempre al varón excelso para presentarlo como la permanente y necesaria afirmación del carácter, encarnado en una existencia vivida con esmero.

Acaso la república mire en esta vida, irreparablemente unida al ministerio, un símbolo de reconciliación y de paz. Por eso una procesión sigilosa de espíritus traza hoy su órbita de emoción en torno a esa cabeza doliente y a ese corazón que ha de rendirse a la tierra en pavezas como una hoguera extinta.

RAFAEL AZULA BARRERA

(*El Tiempo*, marzo 20).

MONSEÑOR CARRASQUILLA

La onda concéntrica radiodifusora ha llevado a estas horas, hasta el más apartado rincón de la república, y dilatado hasta el recinto de muy distantes centros universitarios del mundo, la infausta nueva de que el maestro de varias generaciones de colombianos, educados en los claustros legendarios del Colegio de Nuestra Señora

del Rosario, se ha libertado de las ligaduras de la carne para trasportarse a la Bienaventuranza que predicó magistralmente con la palabra y con el ejemplo.

En días aún no lejanos, cuando se advirtió el decaimiento del espíritu religioso, perturbada un tanto la consciencia doctrinaria que ha producido la quiebra de caracteres y voluntades, la palabra de Monseñor Carrasquilla irradió en la cátedra sagrada en conferencias no inferiores ni en la forma ni en el fondo a las de Monsabre, Ravignan, Lacordaire y Bourdalou, el gran expositor apologético del catolicismo, con quien guarda más afinidades la oratoria majestuosa de nuestro eximio expositor del Evangelio. Católicos y heterodoxos patentados invadieron entonces las naves de la Basílica que rebosaba de oyentes fervorosos del Evangelio de Jesucristo, y escucharon aquellos díascualesmales la condenación elocuente del error doctrinario, la fustigación encendida del vicio sibarítico, la reprobación severa del pecado, no sin la exposición convincente de la norma de vida ajustada al Decálogo para todos los estados y condiciones, engendrando de tal suerte a la vida de la gracia a sus numerosos oyentes.

Discípulo de Jesús, Monseñor Carrasquilla fue un destello fúlgido de la perfección y grandeza del Maestro, y supo reflejar en su mente las luces de lo Alto, como reflejan los planetas la luz que reciben del sol.

En su obra filosófica se descubre el genio de los maestros insignes, desde el Estagirita hasta San Agustín, desde el tratadista de la Gracia hasta Santo Tomás de Aquino, desde el Angel de las Escuelas hasta el Cardenal Mercier. Maravillosa virtud la del magisterio de los príncipes excelsos de la Iglesia, porque servir a Dios es reinar, que como Monseñor Carrasquilla educó en cuarenta años varias generaciones que han sabido mantener en alto nuestras instituciones republicanas, a

través de las vicisitudes accidentales que para bien del país han sido pasajeras.

Monseñor Carrasquilla es uno de los últimos y más conspicuos viajeros de una generación de hombres ilustrados, patriotas y virtuosos que ya en la primera magistratura del Estado, ora en el foro y en el parlamento, como en la cátedra docente han dejando las huellas luminosas de la aristocracia del talento y de las virtudes que engrandecen nuestra historia. El amor a las letras clásicas supo cristalizarlo con la fundación de la Facultad de Letras y Filosofía, en la que se oficia en aras del más puro y desinteresado idealismo que contrasta con las fórmulas amenazantes de un determinismo económico.

La vigorosa personalidad intelectual de Monseñor Carrasquilla hubo de asentarse principalmente en tres sillares de orden clásico sobre los cuales habrá de perpetuarse su memoria, hasta la última generación universitaria de Colombia: la didáctica, la oratoria y la filosofía.

El magisterio docente lo hizo el maestro excelso de varias generaciones que le oyeron dilucidar los temas que exponía por la síntesis y el análisis, reducirlos y desenvolverlos, ilustrándolos con ejemplos que fueron siempre reflector poderoso para recorrer los caminos desconocidos de las diversas teorías en materia filosófica.

Monseñor Carrasquilla, como los filósofos helenos que platicaron en el jardín de Academos o al rededor de las elocuentes columnas del Liceo, sustentó su pensamiento de las causas trascendentales con la amenidad, nitidez y convicción con que lo hiciera el cardenal de Lovaina. Las doctrinas socráticas y aristotélicas cristianizadas por el más sabio de los santos y el más santo de los sabios, que iluminó desde el siglo XIII con luz indeficiente que irradiará hasta el último día, tuvieron en el rector del Colegio del Rosario uno de los más fieles intérpretes, y así

los discípulos de Monseñor pudieron darse cuenta de que las tachas que pretendieron achacarle a este monumento filosófico no tenían por fundamento sino un conocimiento defectuoso del sistema, que se basa en los datos suministrados por los sentidos, o en la poca buena fe de los impugnadores, desde luego que León XIII, el pontífice que ordenó la divulgación de la filosofía tomista en todo el mundo, consignó en documento trascendental la siguiente declaración: «Proclamamos que debe recibirse de buen grado y con gusto toda idea sabia y todo descubrimiento útil venga de donde viniere». De esta manera, se daba golpe mortal al positivismo plagado de errores, después de haber logrado entre nosotros no pocos prosélitos, so pretexto de haber anunciado que sus teorías no eran antojo ni metafísica, sino verdades generales de los hechos de la naturaleza.

La prosa del Arcipreste, tan vigorosa y castellana, en labios de Monseñor Carrasquilla se magnificó por los acentos de su voz, por el mucho garbo del gesto que la acompañó, y porque fue dosel del pensamiento hidalgo y señorial en amplios y ondulados pliegues cervantinos que rememoran las armonías de los mármoles del Lacio.

Mas, los momentos de dolor no son, ciertamente, los más oportunos al elogio de las eximias y variadas virtudes que en armonioso consorcio contribuyeron a constituir en Monseñor Carrasquilla el representante simbólico de una etapa de la historia colombiana que tiende a desaparecer y que quisiéramos ver renovada para bien del país del propio modo que las lecciones de Sócrates recogidas por los discípulos de éste vinieron a ser, después de su muerte, fundamentos incommovibles de la ética que debe regular la vida humana, mientras se trabaje por el perfeccionamiento de la especie.

RAMÓN ZAPATA

(*El Nuevo Tiempo*, jueves 20).

Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico